

CADÁVER

Cuando alboreaba el día, se hizo definitivamente visible. Alguien, diestro con el acero, debió sumar al homicidio las agravantes de nocturnidad y alevosía, pues, el cadáver, que yacía decúbito prono sobre la acera, junto a los dos contenedores de basura orgánica, en la espalda tenía clavada hasta el fondo una navaja con un bonito mango nacarado. Los primeros que lo vieron fueron los clientes habituales del bar de la esquina, esos que se desayunan con carajillos y *barrejats* antes de entrar en el curro, aunque la mitad de los parroquianos no trabajaban. Parados o no, se formaban dos pequeños grupos: los que se quedaban dentro con la camarera, a la que dedicaban comentarios, que cuanto menos se podían calificar de micromachismos, siendo generosos, y los que salían a la puerta del local a fumar, y que liaban cigarrillos mientras sorbían de sus vasos o copas. Estos últimos fueron los que se percataron del fiambre. Entonces, avisaron a los demás y, junto a la propietaria del bar, se acercaron a husmear.

Alguien llamó al 112.

El tipo muerto era de tez morena, sobre un metro setenta de altura y de pelo negro, que comenzaba a ralear por la coronilla. Vestía unos pantalones de pana marrón, raídos por la culera, y una camisa parda, que alguna vez tuvo que ser blanca. Calzaba unas botas negras, gastadas por las punteras, y que a punto estaban de abrir sus fauces y mostrar los dedos de su propietario, solo habría sido cuestión de poco tiempo, pero lo que estaba claro es que ya habían dejado de trabajar, que su dueño ya no necesitaría calzado.

Cuando los padres llevaban a la chiquillería al colegio, el cadáver seguía ahí (como aquel dinosaurio de Monterroso). Habían pasado un par de horas desde la primera llamada al teléfono de Emergencias y allí no se había personado ni un Juez, ni la Policía, ni siquiera una ambulancia. Un niño y una niña que, a falta de balón, pegaban patadas a una lata de refresco aplastada, golpearon sin querer la cara del finado, produciéndole una brecha en la ceja, de la que manó un hilillo de sangre que corrió por las comisuras de los adoquines. Y nunca el muerto estuvo tan desvalido,

abandonado a su suerte como el púgil noqueado que trata de levantarse de la lona, y que con mirada extraviada busca su rincón del cuadrilátero, su taburete y alguien que le restañe las heridas.

Una madre llamó al 091.

La mañana transcurrió tranquila. La gente se renovaba, pero nadie venía a por el cadáver. Los perros fueron paseados, algunos excrementos fueron recogidos, muchos otros no. Un ratonero valenciano olisqueó el cuerpo sin vida y comenzó a ladrar como solo ellos saben hacer, con brío, con chulería. El servicio de limpieza de la ciudad barrió las calles de la zona. Alguna escoba hizo cosquillas en la nariz del muerto. Los supermercados se llenaban para las compras, los bares daban almuerzos, en los talleres se reparaban automóviles, en las peluquerías se cortaba el pelo, se arreglaban barbas, se hacían permanentes...

A la hora de comer, las calles se vaciaron. Una primavera que languidecía anticipaba tiempo de canícula. Alguna siesta cayó, se merendó mientras se hacían los deberes, se vio el capítulo setecientos de alguna novela televisiva. Y cuando empezó a refrescar, la gente volvió a la calle.

Algunas cosas habían cambiado: alguien había robado al cadáver la navaja, los pantalones y las botas. Si obviamos el arma blanca, el botín había sido pírrico. Las botas estaban a punto de reventar y el pantalón no le iba a la zaga. Eso sí, el hurto había dejado todavía más huérfano al muerto. Los calcetines estaban llenos de tomates, y los calzoncillos estaban tan amarillentos que hacían juego con la camisa parda que ahora presentaba una gran mancha de sangre en la espalda, tras la manipulación de la navaja que precedió al robo. Un ejército anárquico de moscas disfrutaba con el mismo fervor que los niños en el parque de Gulliver.

Un jubilado llamó a su nieto, que era Municipal.

Anohecía. El cadáver ya empezaba a oler.

Cuando la noche cayó, un padre y su hija bajaron de una finca tres somieres de hierro y los dejaron apoyados en unos naranjos bordes, que estaban al lado de los contenedores de basura. Cuando acabaron la operación, la joven pegó una nota con celo con el siguiente mensaje: «Para

retirar, avisado Ayuntamiento». Y, efectivamente, esa misma mañana el padre había llamado al 010 y había hablado con una funcionaria municipal dando cuenta de su intención de bajar trastos a la calle para que fuesen recogidos por los servicios de limpieza. A los diez minutos de que el padre y su hija subiesen a casa para cenar tras la ardua faena, dos hombres bajaron de una vieja furgoneta, que nunca había conocido un chapista, y, en el tiempo que le cuesta a uno quitarse una ascua del culo, cargaron los tres somieres en el vehículo. Cuando transportaban el último, uno de ellos se tropezó con el muerto, cayó y se reventó la nariz contra los muelles herrumbrosos del somier. Se cagó en todos los santos, y tras levantarse y meter el trasto en la furgona, volvió y se lió a patadas con el cadáver. No contento, fue a por el cartel que había visto en el tronco del naranjo borde, lo despegó y lo pegó en la cara del fiambre. Y se fue más calmado, tapándose la nariz con la manga de su jersey intentando frenar la hemorragia con más empeño que acierto.

Al día siguiente, con los primeros rayos de sol, pasó un operario del Ayuntamiento con el camión municipal de recogida de enseres. Desde los mandos de la cabina, guió la grúa hasta recoger el cadáver, que elevó y dejó caer en el remolque, que ya estaba medio lleno de sofás, puertas y lavadoras viejas.

Algunos clientes del bar de la esquina fumaban en la puerta y pegaban pequeños sorbos a sus carajillos. Dentro, la tele anunciaba un día de calor y de mucha humedad.